

## Arístides Rojas y la memoria colectiva venezolana

Gregory Zambrano

*gregory@ula.ve*

Facultad de Humanidades y Educación.

Universidad de Los Andes-Venezuela

### Resumen

La historiografía venezolana debe a don Arístides Rojas (1826-1894) su reconocimiento como pionero. Una serie de ciencias nuevas y de orientaciones también inéditas en el tratamiento de las ya existentes, lo ubican como un obsecuente revelador de secretos. Por ello, sus aportes a la sismología, la arqueología y el folklore, a la heráldica y la numismática, se suman a su interés por la espeleología y, de una manera mucho más palpable, a la antropología, la historia y a una ciencia que como tal era novedosa, la lingüística. Este artículo indaga en algunos de los elementos fundamentales del legado científico e intelectual de este singular venezolano del siglo XIX.

**Palabras Clave:** Venezuela, siglo XIX, Rojas, Arístides (1826-1894), sismología, arqueología, folklore, antropología, historia, lingüística.

### Abstract

Venezuelan historiography owes acknowledgement to Don Aristides Rojas (1826-1894) as its pioneer. A series of new sciences and guidance, unpublished, makes him be recognized as an obsequent revealer of secrets. For that reason, his contributions to seismology, archaeology and folklore, heraldry, and numismatics, are all added to his interest in speleology and, more obviously, in anthropology, history, and linguistics, which was a very new science for that time. This paper examines some essential elements of this outstanding Venezuelan scholar's scientific and intellectual legacy in the nineteenth century.

**Keywords:** Venezuela; nineteenth century; Aristides Rojas (1826-1894); seismology; archaeology; folklore; anthropology; history; linguistics.

### Résumé

L'historiographie vénézuélienne doit à M. Arístides ROJAS (1826-1894) avoir été le premier dans ce domaine. Une série de nouvelles sciences et des orientations

aussi inédites dans le traitement de celles qui existaient déjà, le situe comme un obéissant révélateur de secrets. C'est la raison pour laquelle, ses apports à la sismologie, à l'archéologie et au folklore, à l'héraldique et à la numismatique, s'ajoutent à son intérêt pour la spéléologie et surtout pour l'anthropologie, pour l'histoire et pour une science nouvelle, la linguistique. Cet article étudie les éléments fondamentaux de l'héritage scientifique et intellectuel de ce singulier vénézuélien du XIX siècle.

**Mots clés:** Venezuela, XIX siècle, Rojas, Arístides (1826-1894), sismologie, archéologie, folklore, anthropologie, histoire, linguistique.

## 1. Un país que se rehacía

LA CURIOSIDAD y un infatigable afán por explicar los hechos de la historia venezolana, llevaron a Arístides Rojas (1826-1894) a ser un atento observador de su pasado y su presente, intérprete y custodio de la memoria colectiva. Su pasión por conocer, clasificar, explicar e interpretar la historia, lo llevó a convertirse en un pionero de la disciplina historiográfica. Gracias a su acuciosidad se salvaron, no solamente invalores testimonios, sino los documentos y, más aún, los vestigios de un patrimonio colectivo que se conservó gracias a su esfuerzo.

Sus primeros artículos de prensa estuvieron signados por el interés que en él despertaron los misterios de la naturaleza.<sup>1</sup> Los mismos expresan el placer que experimenta frente al lenguaje y sus posibilidades explicativas, lo cual se traduce en una conciencia creativa que se mueve en el umbral de la revelación y la reserva intuitiva. Rojas fue un atento y lúcido difusor de la ciencia moderna de su época. Por ello reunió sus primeros artículos periodísticos bajo el binomio de "Ciencia y poesía", entre los cuales se destacan: "El rayo de luz en la naturaleza y en la historia", "La gota de agua",

“Las arpas eolias”, “El esqui de perlas”, “El grano de arena”, entre otros, que conformaron su primer volumen orgánico publicado y que lleva por título *Ciencia y poesía* (1868). Este volumen fue refundido luego en *Un libro en prosa* (1876), libro estructurado por Rojas ya en su madurez. Es un compendio de búsquedas expresivas que trasciende la varia lección de su contenido. En el prólogo que José Antonio Calcaño firma desde Liverpool, hace una importante acotación sobre el estilo:

Los lectores patrios, como los extranjeros, verán respectivamente con el interés del que recuerda y el que aprende, consignados aquí en gran copia, noticias, tradiciones y conocimientos relativamente (sic) a la historia antigua y la moderna de Venezuela, a sus pobladores, a la fundación de sus ciudades, a las producciones de su suelo y la exuberancia de ellas en todos los reinos; y a sus costumbres, las que han desaparecido y las que subsisten; en la narración de todo lo cual aún será muchas veces una gran novedad para los ultramarinos el lenguaje mismo, que, ora por los giros y construcciones, ora por lo extraño de las locuciones y frases, ya por lo provincial de las voces, deja ver que el autor ha querido expresamente narrar en venezolano lo que a venezolanos tan sólo se refiere (Calcaño, 1876: III-IV).

También son de este período –y los incluye en el mencionado volumen– algunos de los textos que, haciendo homenaje al barón Alejandro de Humboldt, conforman los textos que Eduardo Röhl compiló bajo el título genérico de *Humboldtianas*, editado en 1924.<sup>2</sup> Rojas se propone “hacer amar a Humboldt, incorporarlo en la débil memoria nacional de los venezolanos” (Picón-Salas, 1940: 133). En esa devoción que manifestó Rojas por la obra de Humboldt está expresada su propia perspectiva científica e intelectual, la cual reside

en el hecho de que ambos procuraron en su obra hacer la interpretación estética de la naturaleza.

Con estos primeros trabajos, Rojas emprendió la tarea de cuidar de la historia nacional. Nada que tuviera relación con lo incógnito fue ajeno a su curiosidad intelectual, y la indagación era una forma de relacionarse con su presente, pero también con los retos del futuro. Muchos de estos escritos de su primera etapa como investigador de la geografía, la historia y las ciencias naturales, pasaron a formar sus monografías y estudios, los cuales, también en parte fueron publicados de manera independiente, conformando folletos difíciles de encontrar hoy en día.

Una brevísima nota biográfica, escrita por José E. Machado y reproducida en medios diversos, nos da la señal inicial de su procedencia:

Arístides Rojas, hijo de don José María de Rojas y de doña Dolores Espaillat, nació en Caracas el 5 de noviembre de 1826; adquirió la primera enseñanza en el célebre Colegio de la Independencia, que dirigía don Feliciano Montenegro y Colón; estudió medicina en nuestra Universidad Central, donde obtuvo el grado de doctor el 31 de octubre de 1852. Durante tres años ejerció su profesión en el interior de la República, y sobre todo en Escuque y Betijoque, poblaciones del estado Trujillo. La muerte de su padre, en 1855, le hizo volver a Caracas. Apoco siguió a Europa, donde estuvo algún tiempo; luego pasó a Puerto Rico. De esta isla regresó a la ciudad natal en 1864 y abandonó por completo a Hipócrates y Galeno. En 1873 se unió en matrimonio con la señorita Emilia Ugarte, fallecida un año después. Desde entonces – dice Bolet Peraza– Arístides prometió, como otro Duque de Gandía, no querer nunca más a quien pudiera morir, y amó

sólo sus libros ¡los amigos inmortales! (Machado, 1926: VIII-IX).

Arístides Rojas había nacido en el seno de una familia dominicana, de Santiago de los Caballeros, avecindada en Caracas. La capital política de Venezuela era entonces una ciudad de unos treinta mil habitantes cuando el país daba los primeros pasos en la vida republicana. Sin embargo, prevalecía la anarquía, y los caudillos locales tenían el control de la mayor parte del territorio sin que hubiera límites institucionales que controlaran su poder.<sup>3</sup> (Barrón, 2002: 275). El mismo año 1826 se inicia la Cosiata, movimiento propugnado por José Antonio Páez, que era de carácter antibolivariano y separatista, el cual culminó con la disolución de la Gran Colombia en 1830.

Aquella ciudad, fundada en 1567, exploraba nuevos derroteros en medio de un clima político convulso, cuyos caudillos andaban construyendo su lugar en la historia. Los veteranos de la guerra que recién terminaba deambulaban contando sus hazañas. La infancia y adolescencia de Arístides Rojas se cubrieron de ese sabor único que da la experiencia de lo nuevo, y lo nuevo era el camino que ensayaba Venezuela, desapegada ya de las autoridades de la colonia cuya impronta tenía un peso de más de trescientos años.

Aquel período de aprendizaje lo fue también para la conformación de la vida republicana. El panorama no era halagador pues el caudillismo avizoraba mayor presión y sumisión frente a las masas populares, no había un plan económico ni cultural, menos aún, educativo y social; se imponían la dominación y los privilegios, mientras que las labores productivas, como la ganadería o la agricultura, sucumbían ante las constantes revueltas. Sin embargo,

son los mismos años en que se fragua un ideario nacional, representado en el magisterio y la palabra de intelectuales como Valentín Espinal (1803-1886), Fermín Toro (1806-1865), Juan Vicente González (1810-1866), o Cecilio Acosta (1818-1881). Era una “época difícil para el desarrollo de una cultura nacional que permitiera incorporar al hombre venezolano al gran proceso de reconstrucción patriótica y utilizara los recursos vitales de la tierra. En esas condiciones, la ilustración de los individuos era casi siempre patrimonio de los afortunados a quienes los bienes de riqueza les permitían estudiar y viajar (Canelón, 1944:37).

## **2. Maestro de sí y de su generación**

Rojas tuvo desde siempre predilección por comunicar sus hallazgos, compartía sus preguntas y daba prolijamente a sus más cercanos condiscípulos el reto de la enseñanza. Ya lo decía muy claramente en un texto de 1891: “La enseñanza es una de las conquistas del progreso ¿Por qué no aspirar a ella? Contribuyamos por una vez más, con nuevos granos de arena y con buena voluntad, al monumento que levante a la historia patria la juventud del porvenir” (Rojas, 1890: III-IV).

Es una manera de expresar la conciencia de su presente y es también un guiño al futuro. Lo paradójico es que el legado de Rojas pareciera circunscribirse al entorno de su tiempo. Luego de su muerte, ocurrida en 1894, su herencia intelectual pareció oscurecerse con su ausencia. En parte, su presencia tenía que ver con la utilidad de su trabajo en la respetuosa valoración de sus contemporáneos; luego el silencio de la muerte cayó también sobre sus papeles.

Quizás se perdió de vista un proyecto de publicación conjuntiva y sistemática, que propusiera una sintaxis para leer su obra toda en la variedad de temas y formas de expresión. Sin embargo, hay que subrayar el hecho de que aún muy parcialmente, su obra sigue siendo una referencia obligada a la hora de fijar las pautas fundacionales de la cultura, la historia y la ciencia en Venezuela.

Rojas, con humildad no reclama para sí la primacía de todo cuanto pueda significar la recuperación de una memoria histórica, que de no ser por su esfuerzo se hubiese perdido definitivamente; lo que llama leyenda y que más precisamente quiso llamar “literatura de la historia de Venezuela”, conforma lo más extenso de su producción y sistemáticamente, el tema de sus mayores recurrencias. Consciente del valor de lo histórico como formador de la herencia de los pueblos, exige para la Historia su condición de ciencia de la verdad:

Es necesario despojar a nuestra historia de los mitos con que hasta hoy la han hermosado los pasados cronistas, restablecer la verdad de los sucesos, y fijar el verdadero punto de partida de los futuros historiadores de Venezuela. Reconstruyamos la historia: no, que esto sería excesiva presunción de nuestra parte: tratemos de despejar las incógnitas marcando rumbo seguro a los que nos sucedan. En materias históricas, más que en ninguna otra, todo aquello que no esté apoyado en documentos auténticos y narraciones fieles, debe despreciarse como una cantidad negativa, y toda aseveración que no haya sido inspirada por la verdad, basada en el estudio y la crítica, es de ningún valor (Rojas, 1890: VI).

Su perspectiva histórica mucho se había nutrido de la escuela positivista. Su asimilación de los elementos científicos y, más aún, la filigrana de sus postulados aparece frecuentemente interpolada

con sus reflexiones sobre las orientaciones que debían sustentar a la disciplina histórica.

Los años de su formación intelectual coinciden con los de la construcción de la nación venezolana. La continuidad de las guerras, desde la de Independencia (1810-1830) hasta la Federal (1859-1863), y las constantes escaramuzas que propendían al control del poder, dieron durante la mayor parte del siglo XIX una gran inestabilidad política. El caudillismo, con sus diversos tintes y objetivos, fue dando un perfil a la nación que se veía un poco más delineada hacia el último tercio del siglo XIX. Gobiernos como los sucesivos de Antonio Guzmán Blanco (1829-1899), fueron aportando algunas de las bases de la modernización de las ciudades, sobre todo de la capital y una incipiente transformación urbana que coincide con la institucionalización de la cultura.<sup>4</sup> Caracas, la ciudad capital se rehace; se construyen nuevas redes simbólicas que son captadas por el discurso periodístico y literario de manera inmediata. También la ciudad se consolida en el recuento histórico, que toma distancia y promueve el contraste entre los hechos y sus escenarios dentro de un clima que se muestra a todas luces como “modernizador”.<sup>5</sup>

Como un testigo excepcional de las propuestas “modernizadoras” que fueron implantadas en Venezuela, Rojas vivió de cerca la creación de las Academias. La de Ciencias Sociales y Bellas Letras, que había sido fundada en 1869, dio paso a la de la Lengua en 1883. Luego sería la de la Historia (1888), la conversión de la Universidad de Caracas a Universidad Central de Venezuela, la creación de la Biblioteca Nacional, y cuando parecía que el poder político era omnímodo, él logró sellar su compromiso no con las coyunturas políticas que parecían desdibujarse casi siempre, sino



con el saber, con la investigación, sus documentos y “cacharros”. Así, en los breves remansos de la pacificación, se hizo propicio el cultivo de las artes y las letras. Su fe cristiana, su liberalismo, el romanticismo que se dilataba en su ocaso, y al mismo, tiempo una probada confianza en la ciencia y el progreso, fueron los ingredientes de tan avasalladora personalidad sin cuyo concurso Venezuela no tendría la fisonomía histórica que hoy podemos leer como herencia.

Su perspectiva de historiador lo pone en el camino de comprender los procesos de la manera más exhaustiva posible, y la mayor parte de sus monografías son pioneras en ese sentido de organizar por primera vez la información, ofrecer la documentación que sustenta la explicación histórica, lo cual le otorga en el sentido historiográfico su impronta fundacional. De una manera novedosa establece un modelo de propuesta bibliográfica que combina, en un mismo volumen, el conjunto de recreaciones históricas, cargadas de sus elementos creativos, plenas de su propio estilo literario y las hace acompañar con los documentos que le sirvieron de base. Los “orígenes venezolanos” están asentados sobre esas investigaciones y sobre el acervo documental que le sirvió de hipotexto. En ellas está el germen de las que habrían de sucederse, tratando de dar explicación científica a los hechos del pasado y, sobre todo, aportando sustentación documental para comprender e interpretar su presente. La Venezuela que ausculta, se ha reconstruido ante sus ojos a partir de los vestigios de una espacialidad y una temporalidad que corresponden a una sociedad ya desaparecida.

Muchos de los elementos que sustentan su curiosidad histórica y documental eran parte de una atmósfera de época que cundía en algunos lugares del continente, forjando tradiciones muy fuertes e

influyentes como, por ejemplo, la de Ricardo Palma en el Perú. Aunque con otros propósitos, explícitamente irónicos, pintorescos y humorísticos que subyacen en el relato de las tradiciones: “Palma dictaminó que la tradición era un género ancilar de la historia, un sucedáneo para ilustrar a un pueblo poco letrado sobre su propio pasado; una graciosa hermana menor que le agregaba a la otra la dimensión de la fantasía, la superstición y la voluntad mitificadora y legendaria del espíritu popular” (Oviedo, 2001: 123). Y con ese criterio se modeló todo un género que tenía como estrategia discursiva incorporar elementos de la historia, la remota y la próxima a la literatura.

### **3. Venezuela: la escritura de su historia**

En la revisión de las fuentes primeras sobre la historia de Venezuela, Rojas advierte muy claramente que a José de Oviedo y Baños la historiografía nacional le ha levantado un nicho. Y opta por reconocer que éste “mucho copió del verdadero” cronista, que es fray Pedro Simón. Por ello señala que hay muy poca materia original en Oviedo: “Oviedo y Baños no es el historiador primitivo de Venezuela sino un compilador del verdadero, que es fray Pedro Simón. Oviedo y Baños para la elaboración de su historia no tuvo necesidad de apelar a los archivos, en los cuales nada podía hallar respecto a la conquista de Venezuela, sino a la lectura y estudio de su predecesor, tan rico en pormenores, tan minucioso en la narración de los incidentes” (Rojas, 1890: IX).

No sólo estos antecedentes llaman la atención de Rojas, también las aportaciones que alemanes, ingleses, franceses,

italianos y holandeses hicieron a nuestra historiografía a través de testimonios, relatos de viajes, crónicas y otros documentos escritos en aquellas lenguas; muchos de ellos no traducidos en su momento y donde se dan detalles de todo cuanto significó la conquista, colonización, poblamiento y por supuesto, los detalles bélicos que dieron continuidad a la saga de los filibusteros de finales del siglo XVII y comienzos del XVIII.<sup>6</sup> Para conformar sus escritos Rojas echa mano de todas las fuentes que tiene a disposición, por ello la riqueza de vertientes informativas descansa en buena medida en testimonios de la oralidad y en documentos inéditos, en las crónicas coloniales, los relatos de viajeros y archivos eclesiásticos, entre otras fuentes.

Por supuesto que toda esta gran amalgama de versiones, aportes y relaciones, tiene un punto de partida que Rojas reconoce en los primeros cronistas, a quienes llama “cronistas de Indias, de nombramiento regio”, entre quienes nombra a Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, cronista mayor de Carlos V y Antonio de Herrera, cronista de Felipe II, al igual que Bartolomé de las Casas, y la muy particular obra de Juan de Castellanos, **Elegía de Varones Ilustres de Indias** (1589), la cual, no obstante la belleza y colorido en que abundan las descripciones, “adolece de errores capitales, ya en la narración de los sucesos, ya en las fechas cronológicas. Debe por lo tanto consultarse con cuidado” (Rojas, 1890: XVI).

Con atención anota Rojas los aportes de la historia escrita por Rafael María Baralt; reconoce el modo como el zuliano incorporó muchos de los documentos disponibles en su época, pero sin embargo, repara en que dejó de lado otros de suma importancia, entre ellos, los escritos de fray Pedro Simón. Para Rojas, Baralt “tuvo

más abundancia de compiladores que de historiadores”, no obstante, reconoce los aciertos de su obra y su legado:

De manera que sin haber conocido Baralt a Oviedo y Valdez, Las Casas, Castellanos, Benzoni, Fray Simón, Caulín, etc., etc. ni los cronistas ingleses, holandeses y franceses de la época de los filibusteros, obras muchas de ellas de muy fácil adquisición en estos días, el trabajo de Baralt, acerca de la historia antigua de Venezuela, a pesar de sus lagunas, puede reputarse como brillante síntesis, tanto por la belleza y claridad del estilo cuanto por lo selecto de cada resumen histórico (Rojas, 1890: XXVI-XXVII).

Para Rojas lo más importante es reconstituir lo que él denomina la historia patria. Está consciente de los esfuerzos que se han hecho y se hacen para esclarecer los dramas humanos del pasado.<sup>7</sup> En su papel de resguardo, se convierte en una especie de arqueólogo del pasado nacional. Encomienda la responsabilidad a un número importante de intelectuales, historiadores e investigadores que en diversas partes del país sostienen una labor en ese sentido, “como los hermanos Ramos, en Cumaná, López Rivas, de Maracaibo y Febres Cordero, de Mérida, dediquen sus fuerzas y talentos al estudio de la crónica local, obedeciendo a las atracciones de la familia; que otros, como Gil Fortoul y Alvarado, tiendan a la disquisición filosófica y social, y al engrandecimiento del todo contribuyan con fuerzas superiores; que otros, en fin, como Martel Larruscain, Yanes, Aguilera, Zumeta y otros más, se fijen en la biografía, en la leyenda o en rectificaciones históricas, es lo cierto que todos, animados de nobles sentimientos, converjan en un centro: la historia patria” (Rojas, 1972: 17). No pierde de vista que el desarrollo de la nación va en sintonía con los aspectos económicos, sociales, políticos y culturales; ve con optimismo a

su país y reconoce los adelantos logrados por otras naciones cuya influencia se evidencia de diversas maneras.

En ese sentido, Rojas resalta las transformaciones que han propiciado culturas como la estadounidense desde la proclamación de su independencia, de la cual se había celebrado ya el primer centenario (1776-1876). Destaca de este pueblo

su portentosa industria, su comercio que cruza todos los océanos y penetra en todos los pueblos de la Tierra; su ciencia representada por las conquistas de la mecánica, de la náutica, de la astronomía, de la meteorología, de la medicina, etc., etc.; y esos otros luminosos factores que se llaman imprenta, telégrafo, teléfono, motor. Ha dado también al mundo, grandes escritores, historiadores que no contentos con estudiar la influencia de la raza anglosajona en el continente de Colón, han penetrado en los archivos españoles para regalarnos obras selectas sobre la conquista castellana y las galas de su espléndida literatura (Rojas, 1972: 15).

Igualmente subraya los logros alcanzados por la cultura francesa al punto de haber celebrado también el primer centenario de su revolución (1789-1889). De esta cultura reseña sus adelantos, y añade que la misma ha revelado a todos los pueblos que la República inspirada por el sentimiento patrio, puede sostenerse en medio de monarquías enemigas; y ha pasmado al mundo con las obras de su industria, con las creaciones del arte moderno y con sabias monografías en todos los ramos del saber humano (Rojas, 1972: 15-16).

El balance que hace Rojas de estas dos culturas al filo de la celebración del centenario de hitos claves de su historia, lo contrasta con aquellos logros alcanzados por Venezuela, que se apresta a

celebrar el primer centenario de su independencia (1810-1910). Aunque está consciente de que no presenciara este momento, muestra su optimismo en cuanto a que podrán presentarse con orgullo “el desarrollo de nuestras conquistas intelectuales, industriales y sociales”; cree de manera optimista que los venezolanos “habremos biografado a los principales actores del gran drama; habremos acabado de completar las colecciones históricas hasta hoy conocidas; habremos estudiado con más criterio la época de la revolución y el carácter de sus hombres” (Rojas, 1972:16).

Su aporte entonces, va guiado no sólo por un optimismo declarativo sino por una contribución germinal que supera no solamente el sentido coyuntural del centenario de la revolución de independencia, sino que cimienta la piedra angular para el conocimiento de la historia cultural del país. De tal manera que sus estudios históricos, que él denomina orígenes históricos, son su contribución anticipada para esa necesaria tarea de conocer y comprender el proceso histórico del país:

Remontarnos a los orígenes de nuestra historia, en cada una de sus grandes etapas; aplicar al estudio de los hechos la crítica filosófica; rectificar sucesos muy mal apreciados por ausencia de documentos y de estudio; sacar del olvido figuras históricas que traen a la memoria hechos gloriosos; estudiar las costumbres y tendencias de cada época; presentar, en suma, a la historia lo que sea digno de la historia, según la célebre frase de Voltaire: tales son los propósitos que nos guían en esta labor continuada hace ya algunos años (Rojas, 1890: V).

Él mismo se ocupa de ofrecer la nómina de estudios que contribuirían con esa tarea llena de amor patrio y de fe en el porvenir. De este entramado temático se puede deducir la amplitud de sus

intereses, comprendidos en la necesidad de esclarecer las incógnitas del pasado y, más aún, de explicar gradualmente los procesos de conformación de la cultura nacional a lo largo de su historia:

“Los filibusteros en las costas venezolanas, durante el siglo XVI”; “Los filibusteros en las costas venezolanas, durante el siglo XVII”; “Las escuadras extranjeras en las costas venezolanas, durante el siglo XVIII”; “La obra de los misioneros”, “El elemento alemán en la conquista de Venezuela”, “El gran Solano y su obra”, “Orígenes de la imprenta en Venezuela”, “La Revolución de 1810 y sus hombres”, “El General Emparam. El Canónigo Cortés Madariaga”, “El Constituyente de 1811 y sus hombres”, “Las campañas de Miranda en Venezuela”, “Orígenes de los partidos políticos en Venezuela”, “La monomanía sobre monarquía es hija de la Revolución”, “Orígenes sobre la diplomacia en Venezuela”, “Campaña de 1813”, “Boves”, “Las legiones extranjeras auxiliadoras de la Revolución”, “Miguel José Sanz”, “El General Morillo”, “La familia caraqueña”, etc., etc. (Rojas, 1972: 16-17).

Muchas de estas monografías se escribieron, otras, como la referida al elemento alemán en la conquista de Venezuela, se quedaron en proyecto.<sup>8</sup> Es importante destacar que en su conjunto, la mayor parte de estos estudios corresponde a un sentido fundacional de la nacionalidad. Sus monografías se asumen como elemento constitutivo de una tarea necesaria, que consiste en el develamiento de los hitos fundamentales de la historia patria, tanto la remota como la más próxima. Por esta razón son abundantes sus datos respecto de los elementos constitutivos del orden jurídico, de los deslindes territoriales, la conformación de las instituciones políticas y civiles. Es esa la Venezuela que se está fundando, que está construyendo su propio camino.

#### **4. Función y honra de precursor**

A Rojas le debe la historiografía venezolana su reconocimiento como pionero. Una serie de ciencias nuevas y de orientaciones también novedosas en el tratamiento de las ya existentes, ubican a Rojas como un obsecuente revelador de secretos. Por ello, sus aportes a la sismología, la arqueología y el folklore, a la heráldica y la numismática, se suman a su interés por la espeleología y de una manera mucho más palpable a la antropología, la historia y a una ciencia que como tal era novedosa, la lingüística.<sup>9</sup>

Pero a todas esas disciplinas, que aparentemente distanciarían los focos de interés, Rojas las vinculó principalmente con un método que daba cuenta de los procesos constitutivos de las ciencias, las artes y la historia, tanto en Venezuela como en Hispanoamérica. En aquella Venezuela carente de recursos materiales, plagada de enfermedades y conflictos internos, el ambiente no era muy cónsono con una vocación estimulada por el estudio y la investigación.

Sin embargo, pese a las dificultades, se impuso su voluntad de auscultador de la realidad; su amor por el país, por el pasado que forjó la razón de ser de sus días, fue el aliciente que le permitió darse a la tarea de ayudar a la construcción espiritual de la nueva nación. Y en ello influyó necesariamente la reciprocidad que recibió de muchos de sus contemporáneos, la aceptación de su trabajo intelectual, la estima de sus compañeros de generación, que se convirtió en respeto incondicional con el correr de los años: “Don Aristides pudo ejercer acción benévola y benéfica, porque la sociedad de su época supo oírlo, y de él aprendió a reconocerse mejor, a tener confianza discreta en sí misma, a buscar su mejoramiento” (Key-



Ayala, 1955: 608). Quizás el paso de los años y los nuevos derroteros que fue tomando el país son la clave de su magisterio y la enseña de su vocación profundamente venezolanista.

## Notas

- <sup>1</sup> Véase al respecto el artículo de Eduardo Arcila Farías (1939). “La naturaleza en Aristides Rojas”. **Revista Nacional de Cultura**. N° 11-12. pp. 163-173.
- <sup>2</sup> Los textos de Rojas sobre Humboldt se publicaron en *La Opinión Nacional* entre 1879 y 1880. El primero de la serie lleva por título “La casa de Humboldt en Caracas”.
- <sup>3</sup> Luis Barrón (2002). “La tradición republicana y el nacimiento del liberalismo en Hispanoamérica después de la independencia: Bolívar, Lucas Alamán y el ‘Poder Conservador’”. En: José Antonio Aguilar y Rafael Rojas (Comp.), **El republicanismo en Hispanoamérica**. México: Fondo de Cultura Económica-CIDE. p. 275.
- <sup>4</sup> Sobre las transformaciones que lleva a cabo el gobierno de Guzmán Blanco, en lo urbanístico y en lo cultural, véase Paulette Silva Beauregard (1993) **Una vasta comarca de enmascarados. Poesía, cultura y modernización en Venezuela a finales del siglo XIX**, Caracas: La Casa de Bello. También ofrece importantes datos sobre el particular la investigación de Roldán Esteva Grillet (1986). **Guzmán Blanco y el arte venezolano**. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- <sup>5</sup> En ese sentido, señala Julio Ramos, la ciudad “no es simplemente el trasfondo, el escenario en que vendría a representarse la fragmentación del discurso distintiva de la modernidad. Habría que pensar el espacio de la ciudad, más bien, como el campo de la significación misma, que en su propia disposición formal –con sus redes y desarticulaciones– está atravesado por la fragmentación de los códigos y de los sistemas tradicionales de representación en la sociedad moderna” (Ramos, 1989:118).

- <sup>6</sup> No es casual que ante esta labor de revisión, acopio y rectificaciones, Enrique Bernardo Núñez sitúe tres momentos en lo que corresponde a la historia de Caracas: “Por sobre todo Rojas ha sido el historiador y el cronista de Caracas. Son tres historiadores en tres épocas distintas de su historia: el primero viste hábito franciscano, el otro se envuelve en capa española y el último usa chaquet y sombrero melón. Entre fray Simón y Oviedo y Baños corre un siglo. Entre Oviedo y Rojas siglo y medio” (Núñez, 1944: 22).
- <sup>7</sup> Con acierto señala Arturo Uslar Pietri que “Rojas se ha percatado muy pronto de que el conocimiento científico de las civilizaciones indígenas es el preámbulo necesario de todo estudio histórico de la nacionalidad. No el relato de la resistencia heroica de los caciques, que está en Oviedo y Baños, sino el conocimiento de sus lenguas, de sus usos, de sus artes, de su evolución y de las diferencias que existían entre sus distintas naciones” (Uslar Pietri, 1953: 39).
- <sup>8</sup> En una nota inserta en las **Humboldtianas**, Eduardo Röhl señala que tuvo la ocasión de ver un archivo con trabajos inéditos de Rojas pero que no logró localizar la “Humboldtiana” intitulada: “El elemento germano en la historia de Venezuela”, de la cual se habla en otro capítulo de esta obra y la que don Arístides Rojas dejó en preparación” (Rojas, 1942: 206).
- <sup>9</sup> Como bien lo afirma Francisco Javier Pérez, al valorar los aportes que se dieron en esta disciplina durante el siglo XIX, es necesario: “Salvar los abismos documentales y resucitar las realizaciones perdidas o ignoradas. Son algunas de las tareas más urgentes para hacernos idea clara de lo que fue ese portentoso momento de nuestra lingüística” (2006: 8).

## Referencias

- ARCILA FARÍAS, E. (1939). “La naturaleza en Arístides Rojas”. **Revista Nacional de Cultura**. N° 11-12. pp. 163-173.
- BARRÓN, L. (2002). “La tradición republicana y el nacimiento del liberalismo en Hispanoamérica después de la independencia: Bolívar, Lucas Alamán y el ‘Poder Conservador’”. En José Antonio Aguilar y

Zambrano, Gregory. *Arístides Rojas y la memoria colectiva venezolana*. **Revista de Teoría y Didáctica de las Ciencias Sociales**. Mérida-Venezuela. ISSN 1316-9505, Enero-Diciembre. N° 12 (2007):215-234.

Rafael Rojas (Comp.). **El republicanismo en Hispanoamérica**. México: Fondo de Cultura Económica-CIDE. pp. 244-288.

CALCAÑO, J. A. (1876). "Introducción a Arístides Rojas", **Un libro en prosa**. Caracas: Rojas Hermanos Editores. pp. III-IV.

CANELÓN, J. S. (1944). **Arístides Rojas, mensajero de la tolerancia**. Caracas: Litografía del Comercio.

ESTEVA GRILLET, R. (1986). **Guzmán Blanco y el arte venezolano**. Caracas: Academia Nacional de la Historia.

KEY-AYALA, S. (1955). **Obras selectas**. Madrid: Edime, 1955.

MACHADO, J. E. (1926). "'Preámbulo' a Arístides Rojas". **Estudios Históricos**. Caracas: Lit y Tip. del Comercio, 1926 (Serie primera), pp. VIII-IX.

NÚÑEZ, E. B. (1944). **Arístides Rojas, anticuario del Nuevo Mundo**. Caracas: Ediciones de El Universal.

OVIEDO, J. M. (2001). **Historia de la literatura hispanoamericana**. Madrid: Alianza Editorial.

PÉREZ, F. J. (2006). **Las raíces de la modernidad lingüística en Venezuela. El siglo XIX**. Mérida: Universidad de Los Andes-Consejo de Publicaciones.

PICÓN-SALAS, M. (1940). **Formación y proceso de la literatura venezolana**. Caracas: Editorial Cecilio Acosta.

RAMOS, J. (1989). **Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX**. México: Fondo de Cultura Económica.

ROJAS, A. (1890). **Leyendas históricas de Venezuela**. Caracas: Imprenta de la Patria.

\_\_\_\_\_ (1942). **Humboldtianas**. Buenos Aires: Editorial Cecilio Acosta.

\_\_\_\_\_ (1972). **Estudios históricos. Orígenes venezolanos**. Caracas: Oficina Central de Información.

Zambrano, Gregory. *Arístides Rojas y la memoria colectiva venezolana*. **Revista de Teoría y Didáctica de las Ciencias Sociales**. Mérida-Venezuela. ISSN 1316-9505, Enero-Diciembre. N° 12 (2007):215-234.

SILVABEAUREGARD, P. (1993). **Una vasta comarca de enmascarados. Poesía, cultura y modernización en Venezuela a finales del siglo XIX**. Caracas: La Casa de Bello.

USLAR PIETRI, A. (1953). **Arístides Rojas (1826-1894)**. Caracas: Ediciones de la Fundación Eugenio Mendoza.